

La anhelada Iglesia del pesebre

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 139 – 8 de enero 2020



Durante estos días hemos intercambiado los deseos para Navidad y para el nuevo año 2020 que estamos empezando. La contemplación asombrada del Verbo hecho Carne y que se manifiesta en un niño envuelto en pañales nos ha hecho reavivar nuestra esperanza.

La esperanza que nos trae Jesús es más testaruda que nuestros fracasos e intentos fallidos.

En la Víspera de Navidad como Gobierno General nos dimos un tiempo para compartir lo que ha significado este primer año de servicio, nuestra experiencia de la congregación y el impacto que ello está teniendo en nuestro "hombre interior".

Reforzábamos la convicción y nuestro deseo para la congregación de poder ayudar a abrazar el evangelio de la debilidad, es decir, descubrir y nombrar nuestras debilidades personales e institucionales y saber ponerlas, con simplicidad y valentía, a los pies de Jesús. Cuando hacemos esto, allí acontece una gracia de conversión y nuestro hombre interior, es decir, la presencia de Cristo por su Espíritu en nosotros, se renueva.

Veíamos también que pervive entre nosotros -un deseo que atraviesa gran parte de nuestra Iglesia católica y también de nuestras sociedades- que es la transformación estructural de nuestras instituciones. En nuestras palabras, este deseo de cambio, de transformación misionera y pastoral de la Iglesia, lo hemos expresado como "**la búsqueda de nuevas formas de ser y de servir en la Iglesia**".

Descubrir y acoger el evangelio de la debilidad y la anhelada búsqueda de nuevas formas de ser y de servir en la Iglesia, tienen su epifanía en el pesebre. La gran esperanza de Dios

viene en un niño frágil, confiado al cuidado de María y José, al cuidado de nosotros. Es una esperanza fuerte y vulnerable a la vez. Fuerte pues es, sobre todo, iniciativa de Dios con la cooperación amante de María y José. Vulnerable, pues desde el inicio, está expuesta a las decisiones crueles que asesinan a los inocentes.

Y luego cuando el Dios-con-nosotros se revela como esperanza, adopta los tiempos largos de la ardiente espera, como los que acompañan el crecimiento de un niño, o la maduración de los proyectos, o los fatigosos caminos de la paz y de la justicia para nuestros pueblos.

En este tiempo en que estamos saboreando con asombro la fiesta de Navidad, les invito a darse un tiempo para contemplar las lecciones que podemos aprender del pesebre. Dialoguemos con Jesús, con los pastores, con María y José, hasta con los animales, y preguntémosles: ¿Cómo podemos acoger el evangelio de la debilidad? Y pidámosles que nos den la creatividad y la valentía para ponernos en camino decididamente hacia las nuevas formas de ser y de servir en la Iglesia.

“Sigo a un hombre llamado Jesús”

Un hermano nuestro de congregación, Esteban Gumucio (1914-2001), chileno, cuyo proceso de canonización está ya introducido, hizo esta meditación ante el pesebre y la expresó en una oración que se llama *Sigo a un hombre llamado Jesús*.

Mirando el pesebre me gustaría poder gritar:
«¡Miren, nosotros los cristianos seguimos a un hombre que no tiene cuna de reyes, sino brazos de carpintero!»

Sigo a un hombre que no es de mi raza,
ni es de mi siglo siquiera.

Sigo a un tal Jesús de Nazaret que no ha escrito libros
ni mandado ejércitos.

Todo lo que Él ha dicho es mi palabra y mi alimento.
Todo lo que Él ha hecho es lo que más quiero.

Y su camino es mi camino
y su Padre es mi Padre;
y su causa es la mía.

Mi Madre, por Él, se llama también María.

De Él voy aprendiendo, paso a paso,
la lección «Mansedumbre»,
la tarea «Libertad».

Su ejemplo es la «Justicia»
transida de Humildad.

Sigo a un hombre que me cogió por el centro de la vida,
por mi profunda interior raíz,
por lo mejor de mí mismo.

Sigo a un hombre que me quiere libre, sin cadenas.

Sigo a un hombre que, siendo mi Señor, es mi mejor amigo.

A Él le reconozco por el calor de la verdad,
por su pecho herido, entregado, abierto,
que me hace vivir hermano de todos.

Sigo a un hombre por este pequeño sendero estrecho y frágil.
Sus huellas son tan únicas

que caben los pasos de los grandes santos
y los pies de un niño.

Si ustedes han escuchado su voz o su murmullo,
su canto, su dura y suave verdad...
Si ustedes han divisado su gesto o han percibido su
Estilo de hacer grandes cosas al tamaño de los pequeños...
Si ustedes han pedido perdón y han recibido a torrentes
la paz de un abrazo invisible...
Si ustedes han sentido un cierto perfume sobrio de esperanza,
y han gustado un pan con sabor a trabajo
y a cansancio de pobres...
Si ustedes lo han divisado en la larga fila de los que lloran...
Si lo han encontrado entre los perseguidos,
los postergados, los desaparecidos, los exiliados, los marginados...
Si ustedes han tocado unas manos heridas,
traspasadas de clavos,
pero llenas de la fuerza del Espíritu...
Déjenme que les diga:
Ése es Jesús, el Maestro, que nos llama.
Y ahora, a ponerlo todo arriesgadamente patas arriba,
lo grande a servir a lo pequeño,
el rico hecho pobre para vestir al desnudo,
el pan, para compartirlo,
y dejar de ser cada cual instalado en lo que era,
para ser cada cual mucho mejor que lo que era
y mi barco y el tuyo, quilla al cielo, mástil al agua
y el mundo transformado en casa para todos
y hermanos tú y yo y ustedes todos.

Que esta oración nos inspire durante este año para buscar y realizar esas nuevas formas
de ser y servir la Iglesia que tanto anhelamos.

Fraternalmente,

Alberto Toutin ssc
Superior General